

Dos textos de Navidad

Fotografías de Rodrigo MOYA

Dos poetas, dos cronistas excelentes de nuestro siglo xix, fijaron en sus páginas la visión de la Navidad en la capital de México. Pasados muchos años, Rodrigo Moya se echó a andar por las calles de la misma ciudad transfigurada y su cámara recogió algunas imágenes del presente. ¿Las palabras de Urbina y de Gutiérrez Nájera perdieron su vigencia? ¿La realidad de 1963 es distinta, como se afirma, a la era de don Porfirio? ¿O existe una continuidad que hace complementarios textos y fotos, y entre la opulencia sigue derramándose, indestructible, la procesión de los hambrientos?

I. México en invierno

Por Manuel GUTIÉRREZ NÁJERA

La Navidad, con voz aguardentosa, llama a la dócil puerta del estómago. Los aparadores ostentan detrás de los cristales, empañados por el frío, todas las obras maestras de la glotonería. El severo jamón, con gravedad de hombre político, se pavonea dichoso al lado de los eternos salchichones, envueltos en su funda plateada, como los ricos agiotistas y los tabacos de la Habana. El pavo, atravesado por un puñal luciente, abre su pico inmóvil, pidiendo misericordia. Los chorizos se juntan, atados como

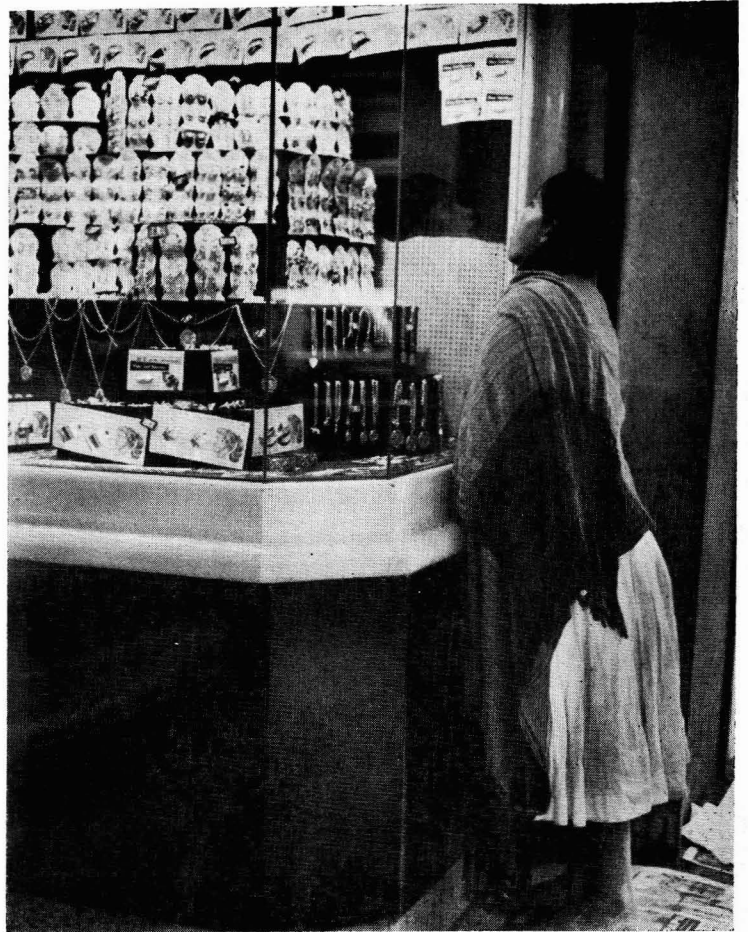
galeotes, y formando collares pantagruélicos, excitan los apetitos más reacios. El gas alumbra con su luz descocada e inso-lente, las pilastras y torres de lustrosas latas, anchas y angostas, oblongas y cuadradas, todas resplandecientes como el acero bruñido y reflejando la llama tranquila de los quemadores. Por entre las marañas y guejetas de heno peinado, cuelgan cuerpos de azúcar y ángeles de caramelo. Las cajas de galletas, abiertas con malicia, dejan ver sus hileras color de oro. Pendientes de las ramas puestas en el aparador, figurando árboles, danzan alegremente las pequeñas canastas de nervioso mimbre, o de cabellos argentinos. Adentro, tras el gran mostrador siempre ocupado, los dependientes, con la chaqueta negra abotonada, se multiplican destapando botes, abriendo cajas y cortando queso. Sobre aquel círculo inmenso, forrado de latón, descansa un queso suizo respirando glotonería por cada uno de sus mil ojuelos. Las botellas, escalonadas como batallones de prusianos, con sus cascos plateados y amarillos, preparan el ataque en pelotones. Allí descubro el Château-Larose, carmineo, como las ardientes mejillas de la señorita P..., el Johannisberg fluido y transparente; el finchado Oporto, que da la petulancia, y el verdoso Rin, que da el amor. ¡Paso a los coraceros! El champagne, aparatoso y fatuo, como buen francés, lleno de condecoraciones y dorados, cautivos los ojos con su lujo aristocrático. Las bodegas del Marne se han vaciado para llenar esos escaparates. Ahí están las botellas alemanas, con sus



"...muestra su blanca lactea y su carne de camelia..."



"...cansados de contemplar juguetes..."



"...tienen un átomo de sol..."



"...vacía sus bodegas para abastecer a los clientes..."

cuellos de caballos de carrera, largos y flacos, hechos para uso de las grullas y de los berlineses; las botellas francesas, coquetas y relucientes, con trajes de amazona y sombrerillos de lo-fóforos; los grandes vinos españoles, los grandes señores de los vinos, altivos y severos, como nobles castellanos delante de su rey; las cosechas de Andalucía, los líquidos transparentes, que tienen un átomo de sol en cada gota; los tarros de *cognac*, los barriles de Burdeos, con la bronceada espita abierta y derramando el generoso líquido en las botellas de verdinegro vidrio; el ajeno, color de océano, y la *chartreuse*, color de ámbar; toda la interminable descendencia de la uva, toda la tumultuosa variedad de vinos, acecha al comprador, parapetada

en los escaparates; y las botellas, altas y chaparras, gruesas y delgadas, adustas y coquetas, airoas y desgarradas, provocan y llaman a los glotones transeúntes, con el descaro de una turba de loretas, tirando de la levita al extranjero que pasa a media noche por los boulevares.

La mar, la eterna esclava, envía diariamente a nuestras fondas, gruesas de ostras y cargamento de pescado. El huachinango, abierto por mitad, muestra su blancura láctea y su carne de camelia. El pámpano se sonroja detrás de las vidrieras. Los caracoles se juntan al camarón rojizo. Y junto a estos criollos de la mar, asoman siempre altivos los pescados extranjeros, el salmón, la langosta, el *makerel*, el *maquereau*, el calamar y la



"¡Bien se conoce que esta noche es Nochebuena!"



"...contempla con tristeza mezclada de codicia..."

lamprea, en promiscuo ayuntamiento con el jamón endiabado y con el jamón en pasta, el *turquey* y el *chicken*, el *beef-touque* y el *paté de foie-gras*, las aceitunas, los *pikles*, las anchoas.

Los pasteleros no se dan un punto de descanso. El horno, constantemente encendido, tuesta con sus besos de fuego la obediente masa. Una dorada y apetitosa costra rodea las grandes empanadas, rellenas de jamón o sardinas. La viuda Genin encierra en los aparadores de cristales grandes ejércitos de pasteles, todavía calientes, y cada vez que levanta su cubierta, sube de aquella masa un humo tenue que acaricia los olfatos *lerdistas* de los parroquianos. Messer vende bombones a carretadas.

Zepeda vacía sus bodegas para abastecer a los clientes. Acabo de ver, en pie, junto a un aparador, a un pobre viejo, que titirando de frío, con las manos ocultas en los bolsillos del pantalón, prendido con un alfiler el cuello del raído saco, y calado el grasiento sombrero hasta los ojos, contempla con tristeza mezclada de codicia, la sana rubicundez de los jamones y la blancura aristocrática de los pescados. ¡Pobre viejo! Estaba cenando mentalmente. Sus ojos, resplandecientes de glotonería, hubieran devorado hasta las velas de esperma que danzaban en el aparador, pendientes de las ramas. ¡Bien se conoce que esta noche es Nochebuena!

II. La Navidad doliente

Por Luis G. URBINA

Mientras que los cielos invernales, tersos y transparentes como una porcelana japonesa, se abrían y deshojaban los efímeros lirios de los cohetes; mientras la noche se flordelisaba con rápidos rosetones de chispas, y las estrellas guiñadoras miraban desde lo alto todas estas luminosas travesuras de la Navidad, ¿no se te ocurrió, paseante soñador, solterón de treinta años, charlatán de mesa de café y silencioso habitante de hotel, envejecido en el escritorio de una oficina pública y concurrente asiduo a las butacas de las tandas, no se te ocurrió, a ti que no tuviste cena en familia y que sientes cada vez más afición a trasnochar porque vas experimentando más horror a tu cuarto numerado como el birrete de un presidiario o la cama de un hospital, no se te ocurrió cruzar por nuestra gran avenida en busca de diversiones callejeras? Cerraron muy temprano el Principal. Porque hasta los cómicos, con ser tan infelices y llevar una vida tan aporreada, gustan de alegrarse en esta noche y de olvidar agravios y de distraer sus penas con juegos y algaradas infantiles. Entraste muy de prisa a la Maison Doré; uno que otro parroquiano, aburrido como tú; en el fondo, los mozos soñolientos. En el salón Bach, cuya atmósfera oscura huele a tabaco, cerveza y salchicha de Francfort, vociferaba una veintena de alemanes borrachos. A lo lejos, traídas por las frías bocanadas del viento, sonaban las notas de cristal de las músicas, y hasta fragmentos de melodías de marcado y monótono ritmo. Los balcones cerrados lanzaban sobre la calle su cuadrilátero de fuerte y amarilla claridad, manchado a cada momento por violentas y ridículas siluetas. El placer se quedaba en casa, se alborozaba de puertas adentro, y sólo tenía manifestaciones de culto externo, en aquellos cohetes que estallaban en polvo dorado para caer en lenta lluvia de pedrerías. Como no tienes hogar, ni asistes a bailes, ni concurre a fiestas, arrastraste, de seguro,

tus fastidios por la ciudad, sintiendo tal vez el corazón como un harapo ardiente que te removieran en el pecho. Si se te ocurrió pasar por nuestra gran avenida debes de haberte fijado en una cosa que, aunque sucede a diario, nunca como esa noche se ve con más dolor y repugnancia. En el bullicio del crepúsculo, cuando vuelve la procesión de carruajes de la Reforma y en las aceras rebosantes cabrilla y se retuerce la ola humana, apenas si notamos ese ir y venir de mendiguillos que gimotean con tenacidad irritante pidiendo a todos los transeúntes el eterno centavo para un pan imaginario. Tenemos tal costumbre de verlos y oírlos que nuestra indiferencia toma muchas veces aspecto de crueldad. Es una población flotante de niños hambrientos, una hampa tenebrosa de bebés que se derrama entre la multitud opulenta, como se extiende una negra mancha de grasa en una falda de seda.

Pero en esa noche ¿no te produjo honda tristeza ver cómo tiritaban esos muchachos, sacudiendo sobre el endeble cuerpecillo su extravagante vestidura de guiñapos?

Al calor del hogar y sobre el regazo de las madres, se dormían los chicos felices, cansados de contemplar juguetes, frutos del frondoso árbol, encendido a la veneciana, en el centro del salón, como una maravilla de *Las mil y una noches*, o rodeaban las mesas henchidas de confituras —glotones nunca hartados— o reían en alegre bandada frente al pintoresco nacimiento oliente a bosque recién mojado por la lluvia. Y a un paso, al otro lado del abismo que media entre la pared que divide el interior de la casa y la acera solitaria, algunos seres de pocos años ejercían, con un vago odio para los afortunados, su inmovil oficio de mendigos, no para satisfacer su deseo de golosinas, sino para entregar la limosna a la mano vellosa que los empuja de nuevo a la vía pública a comerciar con el abandono



"...sólo tenía manifestaciones de culto externo..."



"...como una maravilla de Las mil y una noches..."

delincuente y a la miseria prostituida. El *gamin* que vende periódicos, la chicuela que ofrece cerillos, el deforme billettero, todos han huido, ansiosos de celebrar en su covacha la noche de Navidad. Estos niños siguen aún su ronda misteriosa, sonámbulos forzados, entre la hetaira pintarrajeada y el ebrio insolente.

¿Los viste correr tras el transeúnte, con fingida sumisión y recibir en vez de limosna la palabra obscena y la amenaza? ¿Te siguió alguno, y plañideramente te contó sus mentirosas cuíitas? ¿Tal vez algún chiquillo se acercó para proponerte algo que no entendiste y que, sin embargo, irritó tu mejilla como un golpe? ¿Pudiste percibir cómo, a cierta distancia, acechaba una mujer, seguramente una bruja con las alas plegadas, o un hombre con aspecto de asesino? Si les preguntaras dirían

que son los padres. No lo creas. Son chupaniños y viven de ese tráfico inmundo, hace mucho tiempo, en plena civilización y autorizado o tolerado —lo mismo da— por la policía. Entonces te acordarías de la romántica balada de Campoamor, y viendo cómo coincide a veces la bella creación de un poeta con la monstruosa realidad humana, excluirías como yo en varias ocasiones: ¡Dios mío! ¿Cuándo habrá un asilo para estos huérfanos del candor y de la virtud? ¿Cuándo recogerán de la calle a estos querubines criados para el presidio, como exclamó el poeta? ¿Cuándo la caridad de a centavo, tonta e inútil, abrirá una casa de expósitos para estos hijos de la infamia y del vicio?

¿Cuándo será Noche Buena para esas pobres criaturas?